

JOSÉ MARTÍ
NUESTRA AMÉRICA
EDICIÓN CRÍTICA

INVESTIGACIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS

CINTIO VITIER



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

JOSÉ MARTÍ (1853-1895). Organizador de la última guerra por la independencia de Cuba y figura mayor de las letras hispanoamericanas: poeta, orador, periodista, ensayista, epistológrafo, está considerado entre los iniciadores del Modernismo en América Latina. Su acción política se encaminó a plasmar su ideario antimperialista y libertador para los pueblos latinoamericanos, el cual mantiene plena vigencia. Sus textos han sido traducidos y publicados en el mundo entero. Entre ellos destacan los poemarios *Ismaelillo*, *Versos libres* y *Versos sencillos*; sus crónicas sobre los Estados Unidos, publicadas en los principales periódicos latinoamericanos; sus críticas de arte; *La edad de oro* (revista para niños) y ensayos como «Nuestra América», de conocimiento indispensable para el análisis y defensa de la identidad política-cultural de los pueblos de nuestro Continente.

CINTIO VITIER (1921). Poeta, ensayista, novelista, sobresaliente estudioso del pensamiento cubano y del ideario de José Martí. Integrante del grupo y de la revista *Orígenes*, dirigida por José Lezama Lima de 1944 a 1956. Entre sus libros de poesía figuran *Vísperas* y *Testimonios*; a su producción ensayística pertenecen *Lo cubano en la poesía* y *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*. Dirige la edición crítica de las *Obras completas de José Martí* en el Centro de Estudios Martianos de La Habana. En 1988 recibió el Premio Nacional de Literatura de la mayor de las Antillas.

JOSÉ MARTÍ
NUESTRA AMÉRICA

DICHO Y CRUZADA

JOSÉ MARTÍ
NUESTRA AMÉRICA
EDICIÓN CRÍTICA

INVESTIGACIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS
CINTIO VITIER

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
2002

Primera edición, 2002
D.R.® 2002, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Coordinación Editorial
Francisco Rojas González 131
Col. Ladrón de Guevara
44600 Guadalajara, Jalisco, México

Primera edición, 2002
D.R.® 2002, CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Calzada 807, esq. a 4
El Vedado, Habana 4, Cuba

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 970-27-0271-2



José Martí

PRÓLOGO

Hace casi 112 años que José Martí publicó su visionario ensayo «Nuestra América». Hoy, en el primer tramo del siglo XXI, el texto martiano se agiganta, ya no es una llamada o una advertencia, el «vecino avieso» que por el norte acecha insiste en engullirse a todas las naciones del continente y más allá; el capitalismo global desarma al débil, después usa la fuerza, y sus aliados en cada región le abren las puertas. Martí alertó sobre la gestación del nuevo imperialismo con páginas llenas de aguda inteligencia y prosa magnífica.

Con la creación de la CÁTEDRA JOSÉ MARTÍ, la Universidad de Guadalajara hace un homenaje a la obra del más universal hijo de «nuestras dolorosas repúblicas americanas». Martí fue llamado «Maestro» por Rubén Darío; «supremo varón literario» por Alfonso Reyes; «el hombre más puro de la raza» por Gabriela Mistral; «el faro que mejor nos guía» por Ezequiel Martínez Estrada.

José Martí produjo una impresionante obra cargada de ideas luminosas en temas tales como la sociedad, la política, la educación, la literatura, la historia y otros.

La Universidad de Guadalajara divulga ahora este ensayo, ya un clásico, en una edición que preparó Cintio Vitier en ocasión de conmemorarse el centenario de tal publicación, con notas, eruditas referencias de gran utilidad para el lector, y una presentación. Nos alegra la feliz coincidencia de que sea éste, precisamente, el escritor galardonado con el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo de este año.

Finalmente, esta reedición viene a ser un preámbulo conmemorativo al 150 aniversario del natalicio del autor de *La edad de oro*.

9

MARIO ALBERTO NÁJERA ESPINOZA
noviembre de 2002



PRESENTACIÓN

«Nuestra América», texto cenital de José Martí, aparecido por primera vez en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 1º de enero de 1891 y el 30 de enero del mismo año en *El Partido Liberal*, de México, es una de las tres grandes y sintéticas culminaciones de la obra martiana dadas a la luz en vísperas de la preparación y

fundación del Partido Revolucionario Cubano. Son las otras dos los *Versos sencillos*, atesoradores de su más alta sabiduría, y el discurso pronunciado el 26 de noviembre de 1891 en el Liceo Cubano de Tampa («Con todos, y para el bien de todos»), donde están formulados los principios éticos y políticos de la futura república.

Después de «aquel invierno de angustia» de la Primera Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington, donde Hispanoamérica hubo de enfrentarse a las agoreras maniobras del «águila temible», pudo Martí tomar distancia (y a ello no fue ajena seguramente la catarsis poética) para ver y definir con entera nitidez, como en un mapa vivo, los problemas fundamentales de la América nuestra: problemas cuyas raíces históricas ya había examinado magistralmente en el discurso «Madre América»; problemas que, en esencia, llegan hasta nuestros días, dramáticamente agravados, en el contexto de lo que hoy llamamos Tercer Mundo, por la creciente codicia, prepotencia y agresividad del imperialismo norteamericano.

11

Quizás el lenguaje metafórico, especialmente concentrador de realidades históricas y sociales en estas páginas, deslumbre en exceso las pupilas poco acostumbradas a esta fusión típicamente martiana del análisis político y la expresión poética. Por eso nos pareció útil, hace algunos años, resumir las líneas conceptuales de «Nuestra América», no desde luego para simplificar su lectura, sino para hacerla, en los casos en que fuere necesario, más desembarazada y más fructífera. Tal fue el propósito de un «Esquema» que el lector puede consultar en *Temas martianos*, segunda serie, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, 1982, pp. 82-87. De más provecho serán, sin embargo, las notas anciliares que acompañan, para su cabal comprensión, la presente edición crítica, conmemorativa del centenario de este documento de actualidad sobrecededora: análisis, diagnóstico, toque de alerta que el tiempo ha convertido ya en toque de combate, formulación de los únicos principios salvadores de la independencia, la integridad y la vocación justiciera y creadora de «la América nueva».

NUESTRA AMÉRICA.

CREE EL aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, ó le mortifiquen al ríal que le quitó la novia, ó le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo á la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen á las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay prisa que taje una nube de ideas. Una idea energética, flameada á tiempo ante el mundo, pára, como la bandera mística del juicio final, á un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van á pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, ó el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere que le llamen el pueblo ladron, devuélvole sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, á tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando ó zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, ó la tundan y talen las tempestades; los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor á ellos, se lo niegan á los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid ó de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso á la patria que los nutre. Si son parisenses ó madrileños, vayan al Prado, de faroles, ó vayan á Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su

padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bromean, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¡el que se queda con la madre, á curarla la enfermedad, ó el que la pone á trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, pasando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos á más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre á sus indios, y va de más á menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra, ¿se fué á vivir con los ingleses, á vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

* * *

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en nenos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil ó la palabra de colores, y acusa de incapaz é irredimible á su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champán. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diez y nueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le pára la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sacyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se goberna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se goberna el alemán ó el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos é instituciones nacidas del país mismo, á aquel es-

NUESTRA AMÉRICA



Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas,¹ y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo,² que van por el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos:³ las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final,⁴ a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón,⁵ devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.⁶



A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles,⁷ o vayan a Tortoni, de sorbetes.⁸ ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre: el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios,⁹ y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios,¹⁰ y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington¹¹ que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos «increíbles»¹² del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!



¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo en nuestras repúblicas dolorosas de América,¹³ levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal,¹⁴ porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible¹⁵ a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal¹⁶ famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton¹⁷ no se le para la pechada al potro del llanero. Con una

frase de Sieyès¹⁸ no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.¹⁹ A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.²⁰

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie,²¹ sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta; sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos es más fácil que resolver el problema

sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes²² de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértense en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.²³ Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.²⁴



Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen²⁵ salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer²⁶ alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español,²⁷ a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centroamérica contra España al general de España.²⁸ Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas.²⁹ Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la república, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos³⁰ no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de

un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón: la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.³¹ El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen—³² por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.



Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia³³ el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide³⁴ «a que le hagan emperador al rubio». Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación³⁵ que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio³⁶ en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.³⁷

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiente, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras

y togas en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor,³⁸ y el general, y el letrado, y el prebendado.³⁹ La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio,⁴⁰ y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor.⁴¹ Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?» Se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución en Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujetá en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud, pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! En pie, con lo ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca⁴² y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado.⁴³ La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.



De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos.

Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una bomba de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acenderán, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.⁴⁴ Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aun a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricia de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería⁴⁵ que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de

otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y de adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombre biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental.⁴⁶ ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación real⁴⁷ lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí,⁴⁸ por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

- ¹ Alusión a un personaje fabuloso de cuentos para niños (como *Pulgarcito*, de Charles Perrault), utilizado aquí para simbolizar la desproporción y el peligro de los países más poderosos (cuyo desarrollo es «siete veces» más rápido) en sus relaciones con los más pequeños y débiles. Ya en «Meñique», en *La edad de oro* (julio de 1889), Martí había ilustrado para los niños de nuestra América, mediante el cuento de Laboulaye, la tesis de que «el saber vale más que la fuerza» (*Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 18, pp. 310-324). (En adelante identificaremos esta edición con la abreviatura OC). En su última carta a Manuel A. Mercado (Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895) consagrará políticamente, a partir del relato bíblico (Samuel 1, 17), la imagen del pastorcillo David como vencedor del gigante Goliat. (OC, t. 4, p. 168).
- ² En su artículo «El hombre antiguo de América y sus artes primitivas» (*La América*, Nueva York, abril de 1884) Martí se refirió a una creencia indígena, la de «los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas [...]». Según Aristides Rojas, gran amigo venezolano de Martí: «Los macusies, en la [...] región del Orinoco, llaman al cometa *copeeseima* que quiere decir *nube orgullosa*; y también *wocinopsa*, que equivale a *un sol castigando las luces que lo siguen*, mientras «el sol dormido», entre otros idiomas americanos, según Humboldt, es la luna («sol de noche», «sol que duerme»), y «la montaña inmóvil» para los quechuas era Sirio, al que consideraban centro del Universo. (Cf. Vitier, C., «Una fuente venezolana de José Martí», en *Temas martianos*, segunda serie, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanias, 1982, pp. 138-139). Toda la metáfora de los come-
- tas que en su pelea «van por el aire dormidos [es decir, irresponsables] engullendo mundos», debe relacionarse con el siguiente pasaje de la crónica titulada «Congreso Internacional de Washington» (*La Nación*, Buenos Aires, 19 y 20 de diciembre de 1889): «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?» (OC, t. 6, p. 57).
- ³ Alude a las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), escritas por Juan de Castellanos (1522-1607) en Nueva Granada, composición de 150 000 endecasílabos, cuyo influjo en algunos pasajes de nuestro *Espejo de ciencia* (1608), de Silvestre de Balboa Troya y Quesada, ha sido señalado por la crítica.
- ⁴ Entre otros pasajes bíblicos, puede referirse al siguiente de Isaías (18,3): «Vosotros, todos los moradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante bandera en los montes, mirad; y cuando se toque trompeta, escuchad».
- ⁵ En OC, t., 6 p. 15: «que les llame el pueblo ladrones», modificación que cambia el sentido.
- ⁶ Otro símil telúrico le sirvió a Martí para expresar una idea semejante en su carta a Federico Henríquez y Carvajal fechada en Montecristi, el 25 de marzo de 1895: «Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.» (OC, t., 4 p. 112).
- ⁷ Se refiere al Paseo del Prado, en Madrid. En cuanto a «ir de faroles», «farolear», según el *Diccionario de la lengua española*, significa «fachendear» («Hacer ostentación vanidosa o jactanciosa») o «papelonear» («Ostentar vanamente autoridad o valimiento»). De

acuerdo con el *Diccionario general de americanismos* de Francisco J. Santamaría (Méjico, Edit. Pedro Robredo, 1942), en México se llama «farol» a un «sujeto de poca miga que presume de personaje y se da mucha importancia». En el *Léxico mayor de Cuba* (La Habana, Lex., 1958), de Esteban Rodríguez Herrera, se registran «farol» como «embuste o mentira exagerada, con todas las características de un engaño»; «farolear»: «tirar o echar faroles o mentiras», «fanfarronear»; y «farolero»: «persona amiga de tirar o echar faroles».

⁸ Por el sentido contextual, no parece referirse a «sorbetes» como refrescos congelados en forma cónica, sino a su acepción mexicana: «sombbrero de seda, de copa alta», o «sombbrero de pelo, chistera» (*Diccionario general de americanismos*, ed. cit.) Tortoni era un famoso restaurante parisién.

⁹ En «Arte aborigen» (*La América*, Nueva York, enero de 1884) escribió Martí: «O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.» (OC, t. 8, p. 329). Y en «Autores americanos aborigenes» (*La América*, abril de 1884): «¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.» (OC, t. 8, pp. 336-337).

¹⁰ Cf. «Los indios en los Estados Unidos», publicado en *La Nación*, Buenos Aires, el 4 de diciembre de 1885. (OC, t. 10, pp. 319-327).

¹¹ Sobre George Washington (1732-1799), uno de los fundadores, libertador y primer presidente de los Estados Unidos, escribió Martí en varias ocasiones, señaladamente en su crónica «El centenario americano», publicada en *La Nación*, Buenos Aires, el 21 de junio de 1889. (OC, t. 13, pp. 377-389).

¹² Durante la Revolución francesa, bajo el Directorio, se llamó «increíbles» («incroyables») a los jóvenes de la oposición realista caracterizados por su gran afectación en el vestir, los modales y el habla, de la que suprimían las erres. El apodo les vino de la afectación con que repetían: «c' est

incroyable, ma paole d' honneu.» A partir del origen anecdótico de la frase, es muy aguda la aplicación que de ella hace Martí.

¹³ En el discurso conocido por «Madre América», ante los delegados a la Primera Conferencia Internacional Americana, el 19 de diciembre de 1889, había dicho: «Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.» (OC, t. 6, p. 134. El subrayado es de Cintio Vitier).

¹⁴ En su carta a Ricardo Rodríguez Otero, fechada en Nueva York, el 16 de mayo de 1886, Martí dijo de la patria: «Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.» (OC, t. 1, p. 196)

¹⁵ En *El Partido Liberal* y en OC, t. 6, p. 16: «irremediable.»

¹⁶ Según el *Diccionario de la lengua española*, «cacique», y en su segunda acepción: «Persona que en un pueblo o comarca ejerce excesiva influencia en asuntos políticos o administrativos».

¹⁷ Alexander Hamilton (1757-1804), nacido en la isla antillana de Nevis, fue estadista norteamericano y uno de los principales colaboradores de Washington. En su crónica sobre «Las fiestas de la Constitución en Filadelfia», aparecida en *La Nación*, Buenos Aires, el 13 de noviembre de 1887, Martí hace de él un retrato mínimo: «Allí el imponente Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia, el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa, precoz, como nacido en zona cálida; fundador de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.» (OC, t. 13, pp. 317-318).

¹⁸ Emmanuel-Joseph Sieyès (1748-1836), abate y político francés, famoso como teórico de

la Revolución francesa, fundador del Club de los Jacobinos, miembro de la Asamblea Constituyente, de la Convención, del Consejo de los Quinientos, director y cónsul. En vísperas de la Revolución publicó un célebre escrito sobre el *Tercer Estado*.

¹⁹ En el discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas, el 21 de marzo de 1881, Martí había dicho: «hay que devolver al concierto humano interrumpido, la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta de Netzahualcóyotl y Chilam; hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres.» (OC, t. 7, p. 285).

²⁰ En su «Discurso de Angostura» (15 de febrero de 1819), síntesis de su ideario, Bolívar había dicho: «¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del norte de América. ¿No dice *El espíritu de las leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo en que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!» (Simón Bolívar: *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho 1, 1976, p. 108).

Por otra parte, Julio Antonio Mella comentó la sentencia final de este párrafo: «El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país», con las siguientes palabras: «Puede ser. Pero donde no hay equilibrio, donde no hay «elementos naturales» —no lo es nunca el rico capitalista aburguesado y opresor, o su amo, el imperialismo— donde no hay gobierno, donde no hay nada, es necesario eliminar los elementos no «naturales». (Cf. «Glosas al pensamiento de José Martí», en *Siete en-*

foques marxistas sobre José Martí, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1978, pp. 14-15. Existe una edición posterior de 1985).

²¹ Refutación, aquí explícita, pero implícita en todo el texto, de la tesis mantenida por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) en su obra más famosa *Facundo o civilización y barbarie* (1845), historia del caudillo riojano y alegato contra el tirano Rosas. No obstante su discrepancia, en su crónica «Un libro del Norte sobre instituciones españolas en los Estados que fueron de México», publicada también por *El Partido Liberal* el 25 de noviembre de 1891, y abundando en criterios expuestos en «Nuestra América», escribió Martí: «Saberse de memoria a Taine no vale tanto, para gobernar el territorio de Tepic, como conocer hombre a hombre y costumbre a costumbre el territorio. Ni con galos ni con celtas tenemos que hacer en nuestra América, sino con criollos y con indios. Lo que Sarmiento, el primero, hizo en la Argentina con su libro fundador, su famoso *Civilización y barbarie*, lo hacía Justo Sierra hace un año en México. Es necesario conocernos para gobernarnos.» (OC, t. 7, p. 59). Por su parte Sarmiento —no sin disentir, como era previsible, de la actitud cada vez más crítica de Martí ante el «modelo norteamericano»—, pidiéndole a Paul Groussac la traducción de la crónica martiana sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York, había escrito en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887: «En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal», y añadió: «Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya [...]» (C.f. *Obras completas de D.F. Sarmiento*, Buenos Aires, Imp. y lit. Mariano Moreno, 1900, t. XLVI, pp. 173-176). Llegó el homenaje a Martí, quien el 7 de abril de 1887 escribió a Fermín Valdés Domínguez: «Olvidaba

- decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.» (OC, t. 20, p. 325). No obstante el mutuo respeto y admiración que se profesaron, las concepciones que tuvieron Sarmiento y Martí acerca de la «civilización», la «barbarie», las razas indígenas y el papel de los Estados Unidos en el desarrollo futuro de «nuestra América», resultan inconciliables.
- ²² Magistrados a los que se confirió el gobierno de Atenas y otras ciudades en la antigua Grecia.
- ²³ Jean Lamore observa: «Es interesante notar el punto de vista similar de José Carlos Mariátegui, que escribía en «Aniversario y balance» (en *Ideología y política*, Lima, 1969): «No deseamos ciertamente que el socialismo en América sea una copia o un calco. Debe ser una creación heroica. Debemos dar vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano». (Cf. José Martí, *La guerre de Cuba et le destin de l'Amérique Latine*, Paris, Aubier Montaigne, 1973, nota 18, trad. Cintio Vitier, p. 273).
- ²⁴ Nótense, en esta recapitulación, la musicalidad del tema que vuelve como un *ritornello*.
- ²⁵ Se refiere a la Virgen de Guadalupe, cuya imagen, tomada por el cura Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811) del santuario de Atotonilco, fue bandera de su ejército en la guerra de liberación mexicana iniciada el 16 de septiembre de 1810.
- ²⁶ En «Tres héroes», en *La edad de oro* (n. 1, julio de 1889) Martí había escrito: «Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal y un cura de pueblo que quería mucho a los indios[...].» (OC, t. 18, p. 306). En ambos casos alude al cura Hidalgo, a oficiales sublevados con él —como Abasolo, Allende y Aldama— y a la esposa del corregidor de Querétaro, Manuel Domínguez, la heroína Josefa Ortiz, a la que Martí proyectaba incluir en un estudio sobre las «Mujeres de América». (Cf. OC, t. 22, p. 158).
- ²⁷ Probablemente se refiere (aunque no fue español, sino criollo) al canónigo Antonio José de las Mercedes Larrazábal (1769-1853), profesor de la Universidad de San Carlos, electo representante de Guatemala en las Cortes de Cádiz que proclamaron la Constitución liberal de 1812. En 1815 el gobernador José Bustamante y Guerra, por orden del rey, «mandó al Ayuntamiento que recogiera las Instrucciones dadas al diputado a las Cortes de Cádiz de 1812, canónigo Larrazábal, porque se inspiraban», decía, «en las proposiciones de la Asamblea Nacional de Francia [...]» (Cf. Manuel Galich, *Guatemala*, La Habana, *Casa de las Américas*, 1968, p. 64). Otro canónigo —Juan Nepomuceno de San Juan— fue enviado a España por la capitánía de Guatemala al restaurarse la Constitución de Cádiz en 1820, año en que se decretó la libertad de imprenta y empezó a publicarse *El Editor Constitucional*, dirigido por el doctor Pedro Molina, sin duda uno de aquellos «bachilleres magníficos» aludidos en el texto, que figura como personaje en el «borrador dramático» *Patria y libertad*, escrito por Martí en Guatemala, en abril de 1877, para conmemorar la independencia de este país. (OC, t. 18, pp. 129-175).
- ²⁸ Se refiere al capitán general de Guatemala, don Gabino Gaínza, convertido en jefe del nuevo gobierno de Centroamérica, separada de la corona española, por decisión de la Asamblea convocada el 15 de septiembre de 1821.
- ²⁹ Alude al general San Martín y al desenlace de su entrevista con Bolívar en Guayaquil (26-27 de julio de 1822). En «Tres héroes» había escrito Martí: «Liberta a Chile. Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín

- le cede la gloria. Se fue a Europa, triste, y murió en brazos de su hija Mercedes.» (OC, t. 18 p. 308). (Cf. «San Martín», álbum de *El Porvenir*, Nueva York, 1891, en OC, t. 8, pp. 223-233).
- ³⁰ neologismo por «nacidos o hijos de los libros».
- ³¹ Diez años antes, en el «Cuaderno de Apuntes 6» (1881), se halla un antecedente de este pensamiento central de «Nuestra América». Es el apunte que dice: «En América, la revolución está en su período de iniciación. Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: he lo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes.» (OC, t. 21, p. 178).
- ³² Preferimos aquí la lección de OC, (t. 6, p. 19), aunque en *La Revista Ilustrada de Nueva York* y en *El Partido Liberal* se lee «aborigene».
- ³³ Bernardino Rivadavia (1780-1845), político y prócer argentino, primer presidente de su país (1826-1827), bajo cuyo mandato se promulgó la Constitución Unitaria, rechazada por las provincias. Perseguido por Rosas, se expatrió en Uruguay y más tarde en Cádiz, donde murió. No obstante sus errores, es una de las más altas figuras civiles de la Argentina. De él dijo Bartolomé Mitre: «adelantándose a su tiempo, enseñó que el hombre, libre por su naturaleza, no es el siervo perpetuo de la gleba, ni el feudatario de otros hombres constituidos en autoridad», UTEHA.
- ³⁴ Agustín de Iturbide (1783-1824), emperador de México, nacido en Valladolid, actual Morelia, ascendió en la carrera militar peleando contra los insurgentes mientras gozaba de la confianza del virrey Apodaca. Después de varios reveses sufridos frente al general Guerrero, intentó manipular el movimiento independentista y formuló el llamado Plan de Iguala. Consumada la independencia de México, el 18 de mayo de 1822, el sargento Pío Marcha lo proclamó emperador, acto que tuvo que ser ratificado por el Congreso a los dos días, y al cual alude el texto. Coronado el 21 de julio siguiente, la pugna con el Congreso y la oposición republicana encabezada por Santa Anna lo llevaron a abdicar el 20 de marzo de 1823. Fue condenado a muerte por el Congreso mientras estaba en Europa; al regresar a México dicha sentencia se hizo efectiva en Padilla, Tamaulipas el 19 de julio de 1824. (Cf. «El Plan de Iguala» en Jesús Silva Herzog, *De la historia de México, 1810-1938*, Siglo XXI, 1980, pp. 26-27).
- ³⁵ En un ensayo inédito titulado «El amor como energía revolucionaria en José Martí», Fina García Marruz ha observado la relación que establece Martí entre el heroísmo y la moderación dentro de la dinámica más profunda de «la capacidad de sacrificio». La consideró virtud vinculada con «la armonía serena de la naturaleza», distintiva de los mejores hombres de «Nuestra América», cuyo paradigma poético lo encontró en Heredia: «volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.» (OC, t. 5, p. 136). Tan elogiosa como esperanzadamente se refirió varias veces al «heroísmo juicioso de las Antillas» y a «la moderación probada del espíritu de Cuba», expresiones consagradas en el *Manifiesto de Montecristi*, (OC, t. 4, pp. 94 y 101).
- ³⁶ Con esta alusión a los «falansterios» ideados por Charles Fourier (1772-1837), lugares donde debían habitar cada una de las falanges en que dividía la sociedad, Martí resume toda una corriente de utopismo social típica de la primera mitad del siglo XIX.
- ³⁷ En contraste con lo apuntado en la nota anterior, se destaca en este pasaje el característico uso martiano del adjetivo «real», concentrador de todo lo verdadero, auténtico, desnudo, original y, por tanto, en última instancia, creador.
- ³⁸ Quiere decir que la judicatura, en los países ya liberados de España, siguió la misma tradición formalista, retórica y burocrática de los «oidores» o ministros togados que en las audiencias del reino español oían y sentenciaban las causas y pleitos.
- ³⁹ Puede referirse, en el campo eclesiástico, a los canónigos o racioneros beneficiados

- con rentas; o, en términos generales, a todo tipo de parásitos sociales.
- ⁴⁰ La predica martiana contra el odio, patente y constante desde *El presidio político en Cuba* hasta el *Manifiesto de Montecristi*, no tiene un sentido únicamente ético, sino también político. En realidad, ambas instancias en Martí son indiscernibles. Por el lado político, sin embargo, se destacan sentencias o reflexiones como estas: «Los odiadores debieran ser declarados traidores a la República. El odio no construye.», (OC, t. 14, p. 496); «Por Dios que esta es guerra legítima, —la última acaso esencial y definitiva que han de librar los hombres: la guerra contra el odio.», (OC, t. 22, p. 210).
- ⁴¹ El concepto martiano del amor no es únicamente afectivo sino también cognoscitivo. De ahí su memorable declaración: «Por el amor se ve. Con el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor no puede ver.» (OC, t. 21, p. 419). En el ensayo inédito de Fina García Marruz, citado en la nota 35, se estudia ampliamente esta concepción esencial en el pensamiento revolucionario martiano.
- ⁴² Alusión metafórica al romanticismo retórico de José Zorrilla (1817-1893), autor al cual Martí había dedicado líneas de afectuosa simpatía en «Modern Spanish Poets», crónica aparecida en *The Sun*, Nueva York, 26 de noviembre de 1880. (OC, t. 15, pp. 23-24).
- ⁴³ Alusión al célebre chaleco («gilet flamboyant»: chaleco llameante, según la descripción de Víctor Hugo) con que participó Théophile Gautier (1811-1872) en la llamada «batalla de Hernani» (1830), cuyo estreno simbolizó el triunfo del romanticismo en Francia. Entre ambos ejemplos —Zorrilla, Hugo— hay un tácito juicio de valor: mientras «la melena zorrillesca» debe ser «cortada», «el chaleco colorado» es ya historia, pero historia perdurable, pues la poesía lo «cuelga del árbol glorioso», del árbol que da la fama artística, del laurel.
- ⁴⁴ El elemento de «desdén» en la actitud de los Estados Unidos hacia los pueblos de «nuestra América» fue claramente captado por Martí. Varias veces aludió a él, pero nunca, por necesaria cautela política (porque «en silencio ha tenido que ser»), de modo tan crudo como en su última carta a Manuel A. Mercado: cuando se refiere a las gestiones anexionistas e imperialistas del «Norte revuelto y brutal que los desprecia» [a nuestros pueblos]. (OC, t. 4, pp. 167-168). Pocas líneas después, en el texto, concluirá categóricamente: «El desdén del vecino formidable que no la conoce es el *peligro mayor* de nuestra América.» Ciento que, agotando las previsiones de la buena voluntad, supone que el desdén puede ser efecto del desconocimiento, pero en el fondo sospecha —y en la carta a Mercado se trasluce con evidencia— que el desdén es la *causa* del desconocimiento. Por eso dice que es —ese «desdén» o «desprecio»— «el peligro mayor».
- ⁴⁵ Martí negó siempre el concepto divisor y discriminador de «raza», tan manejado, con mayor o menor ingenuidad, por el científicismo positivista de su tiempo. En el polo opuesto de su pensamiento sobre este punto —diáfanamente expresado también en «Mi raza» y otros textos— se sitúa el libro de Sarmiento *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883). (Cf. Fernando Ortiz: «Martí y las razas», en *Vida y pensamiento de Martí*, municipio de La Habana, 1942, vol. II, pp. 335-367).
- ⁴⁶ Nótese que dice la unión «tácita», no de las naciones, sino del «alma continental», lo que excluye la idea de una unión o federación política de los países de «nuestra América», proyecto erróneo en el que, no obstante su reconocida y exaltada grandeza de libertador, cayó Bolívar, «empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución», en «desacuerdo patente» con «la misma revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia», según se lee en el *Discurso en honor de Simón Bolívar* del 28 de octubre de 1893,

donde insiste en que lo deseable era «la unidad de espíritu», no la «unión en formas teóricas y artificiales», y de nuevo apela a «la fuerza moderadora del alma popular». (OC, t. 8, pp. 246-247).

- ⁴⁷ Así en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, donde por primera vez apareció «Nuestra América» el 1º de enero de 1891. En *El Partido Liberal* (Méjico, 30 de enero de 1891), única fuente declarada en las *Obras completas*, después de «generación» no hay ningún adjetivo, seguramente por errata, lo que indica que la palabra «actual» se añadió desde la primera edición de *Obras completas de Martí* por Gonzalo de Quesada y Aróstegui (vol. IX, «Nuestra América», Imprenta y papelería de Rambla y Bouza, 1910) y se reprodujo en las siguientes. Cabe la posibilidad [hoy inverificable] de que dicho primer editor conociera la enmienda escrita o indicada verbalmente por Martí. (Sobre el uso martiano del adjetivo «real», ver la nota 37).
- ⁴⁸ En su artículo «Maestros ambulantes» (*La América*, Nueva York, mayo de 1884) había escrito Martí: «¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!», (OC, t. 8, pp. 291-292). La imagen del Gran Semí (o Grande Espíritu) procede sin duda de la figuración mitica del Padre Amalivaca, propia de los indios tamanacos, sobre el cual da preciosas informaciones, seguramente conocidas por Martí, su amigo venezolano Aristides Rojas en *Estudios indígenas* (1878). Allí leemos —en relato a su vez extractado por Rojas del *Saggio di storia americana* (Roma, 1780-1784) del abate Filippo Salvatore Gilii— que, una vez aplacado el diluvio que destruyó la primera raza humana, los dos únicos sobrevivientes, Amalivaca y su mujer, «comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de estas salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra». Otro aspecto del mito que debió impresionar a Martí es que Amalivaca les fracturó las piernas a sus hijas «para imposibilitarlas en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos», señalando así a los indígenas el camino de la fidelidad a lo propio, de la autoctonía, que es para Martí el camino fundamental de América. Por otra parte —y esto nos remite de nuevo a la polémica tácita con Sarmiento— Humboldt consideró al Gran Semí evocador de Amalivaca como «el personaje mitológico de *La América bárbara*». Cf. Cintio Vitier, «Una fuente venezolana de José Martí», en *Temas martianos*, segunda serie, ed. cit., pp. 105-113, 141-142). Todo el texto de «Nuestra América» puede leerse a la luz del criterio profundamente descolonizador según el cual para Martí, en la *praxis* histórica, *barbarie* «es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea», según se lee en «Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos» (*La América*, junio de 1884), (OC, t. 8, p. 442).

*Nuestra América.
José Martí
Edición crítica*
se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de noviembre de 2002
en los talleres de Editorial Gráfica Nueva,
Pípila 638, Sector Hidalgo, CP 44280,
Guadalajara, Jalisco. La edición consta de 1,000 ejemplares

Producción:
*Centro Universitario de
Ciencias Sociales y Humanidades*
Editorial CUCSH-UdeG, Guanajuato 1045
Col. La Normal, 44260, Guadalajara, Jalisco, México

Diseño: Verónica Segovia González
Cuidado de la edición: Luis Camacho

JOSÉ MARTÍ, Jamaica 1892



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS